presencia del arte español en la feria mundial nueva york

NOTAS DE ARTE

J. RAMIREZ DE LUCAS

La Feria Mundial de Nueva York ha cerrado sus puertas por seis meses, paréntesis obligado por la climatología de la ciudad y por la organización del certamen. Al terminar la primera parte se han escuchado bastantes amargas quejas entre los directivos de la Feria en general, y de los Pabellones en particular, unos, porque no han tenido los visitantes esperados, y los otros porque los precios en Nueva York son tan elevados que las naciones participantes han visto rebasados con mucho sus presupuestos iniciales. Todos esperan desquitarse en el año próximo, ya que la experiencia adquirida servirá para corregir defectos.

El único saldo positivo, el que reconocen sin discusión ninguna cuantos han participado, es el éxito clamoroso, de estruendo selecto y popular, obtenido por España. Hace ya meses, cuando la feria era sólo una incógnita por despejar, con vida nada más que en anteproyectos y maquetas, el comisario por España dijo que la Feria de Nueva York podía ser la Feria de España. La afirmación de Miguel García de Saez pudo parecer a muchos pretenciosa y poco fundamentada, pero la realidad ha venido a darle toda clase de razones. En efecto, la Feria Mundial ha sido la Feria de España; más de dos mil artículos aparecidos en todos los diarios y revistas más exigentes y minoritarias de los Estados Unidos así lo han proclamado sin ninguna clase de reticencias en esta ocasión, actitud rara (por poco frecuente) al juzgar algo español. Y ha sido la Feria de España, en primer lugar, por el acierto de su Pabellón, tan ponderado y lleno de sorpresas, mas también por la presencia en el recinto de la Feria de artistas españoles de categoría internacional en cantidad y calidad como nunca se habían presentado en el extranjero.

En las páginas de esta misma Revista ARQUITECTURA ya ha quedado constancia con bastante detalle de la obra realizada por Javier Carvajal y su equipo de colaboradores. En el número de agosto pasado hubo amplia referencia fotográfica de lo que en cierta manera es inaprehensible: la misteriosa belleza arquitectónica de los contrastes de luz y sombra, de la blancura fugitiva de la cal y la gris permanencia del granito, de la filtrada luz que velan las celosías y la que desciende de los casetones cuadrados del artesonado prolongados en lámparas metálicas. El Pabellón de España no es fácil presa para los objetivos fotográficos, ya que su principal encanto es el quedar sumergido, bañado, por una reposante y a la vez incitante penumbra que sólo se abre a la nitidez rotunda del patio soleado, del rectángulo reino del ciprés y el geranio. El haber logrado ese ambiente en sombra tan conventual, tan claustrado, es uno de los mayores aciertos del Pabellón español en una Feria en donde todo ha estado iluminado como un escaparte, como una vitrina comercial. Javier Carvajal, tan enamorado de Andalucía por vías afectivas, ha sabido captar su esencia arquitectónica y rebosante de nostalgias granadinas y verterla en unos moldes actuales, nada folkloristas.

Mas el continente había que llenarlo de contenido en la misma línea de exigente calidad. En caso contrario se corría el peligro en el que han perecido muchos Pabellones de esta Feria: un exterior prometedor que no ofrece absolutamente nada en su interno espacio.

Javier Carvajal ha debido tener muy presente el excelso ejemplo de Mies Van der Rohe cuando proyectó aquel inolvidable Pabellón de Alemania en la Exposición Internacional de Barcelona del año 1929. Integración de todas las artes, muebles especiales, calidad en los materiales a emplear. Salvando las naturales diferencias, hay que reconocer que siempre es bueno tener como guía lo mejor.

La integración de las artes en el Pabellón de España se logró escogiendo a aquellos artistas que teniendo que realizar obras muy concretas dentro del edificio, estuvieran en mayor identidad estilística con el espíritu arquitectónico del mismo. Los escultores Amadeo Gabino, Pablo Serrano y José Luis Sánchez; los ceramistas Antonio Cumella y Arcadio Blasco; los pintores Vaquero Turcios, Francisco Farreras, Manuel S. Molezún y José María de Labra han estado cada uno en su cometido en total acuerdo con el canon rector arquitectónico. El resultado ha sido un conjunto melódico y equilibrado, sin transiciones bruscas ni cambios excesivos de concepto que hubieran podido comprometer la suma total. También en el número aludido de ARQUITECTURA quedó reflejada la obra de estos artistas colaboradores, tan eficaces en la consecución de una obra ambiciosamente representativa.

Pero no son sólo estos artistas convocados personalmente para el Pabellón de España los que han figurado en la Feria de Nueva York. Había otros más que han hecho posible sea más extensa la definición de "Feria de Nueva York, Feria de España", y a los cuales queremos dedicarles ahora la atención que merecen.

Jordania, como todos sabemos, es pequeño país territorial no exento de graves problemas fronterizos en el presente. En el pasado, en algunas de sus actuales ciudades, se desarrolló un drama que aún sigue conmoviendo a la Humanidad. El hecho de que entre las ciudades de ese país figuren hoy nombres como Jerusalén no es nada indiferente y los jordanos lo han aprovechado para su Pabellón en la Feria Mundial, aunque su religión oficial sea diferente del cristianismo. El Pabellón que Jordania levantó es pequeño, casi diminuto en apariencia, y constituye una curiosa derivación de la arquitectura gaudiana, con sus cúpulas recubiertas de mosaico y sus ondulantes cubiertas que se prolongan hasta el suelo.

Este Pabellón no ha pasado inadvertido en la Feria, primero por el escándalo político suscitado por ciertas inscripciones en un mural expuesto en su interior, que no fueron muy del agrado del Gobierno de Israel y de la numerosa colonia judía que habita en Nueva York. La segunda razón ha sido de tipo artístico y, por tanto, más grata.

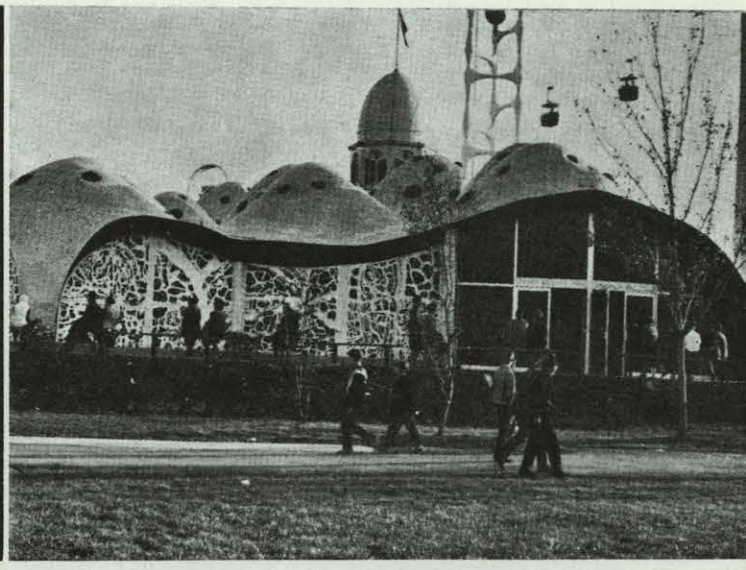
El Pabellón jordano tiene en vez de muros vidrieras coloreadas que lo aislan del exterior y le dan la luz mágicamente cambiante que otorgan las grandes superficies de vidrio. Y es precisamente en estas composiciones donde ha intervenido mano española. Al pintor Antonio Saura, al combativo Saura, le fueron encargadas estas vidrieras, que constituyen el único ornato del Pabellón y la única razón para que éste sea visitado.

Las catorce estaciones del "Vía Crucis" son el tema desarrollado en las vidrieras, aludiendo a la tragedia que tuvo por escenario las calles y las colinas de la ciudad de Jerusalén. Aquella sangre aún sigue fresca, aún se renueva en su sustancia cada día, y se derrama generosa por todos y para todos. Tal vez por ello los colores que Saura ha usado con preferencia sean los cálidos, los rojos sanguíneos que se contrastan y sublimizan en oros como espigas maduras. En estas vidrieras apenas hay referencias figurativas, y cuando las hay son tan veladas que difícilmente resultan reconocibles. Mas las vidrieras tienen una intención sacral y cumplen perfectamente con ella dando al recinto la sobrecogedora emoción del templo. Fué el mismo pintor, tan acostumbrado a razonar por escrito todas sus obras, el que expuso lo que se había propuesto: "Sugerir en vez de representar en forma real; prefiriendo utilizar pocas variantes en el colorido primario, con objeto de conseguir un efecto de unidad. Se ha hecho la diferenciación entre las imágenes apoyándose más en el ritmo y la forma

que en el uso literario y simbólico de los colores. El artista busca que las vidrieras se miren no desde el punto de vista del significado religioso (que se ha seguido, a pasar de algunas libertades), sino como imágenes abstractas de un conflicto eterno en el cual el hombre es el protagonista trágicamente sacrificado por un ideal."

No tenemos noticia de que Saura haya realizado otras vidrieras antes que estas del Pabellón de Jordania; son, pues, obra de principiante en estas tareas, lo cual tiene su riesgo y su ventaja. Con este "Vía Crucis" vítreo, montado sobre hormigón, Saura culmina una de las facetas de su pintura, muy interesada por los temas de la crucifixión, aunque tratados de forma harto libérrima y personal.

Y había más españoles en la Feria. Dominando el extraño y disparatado caserío que se levantó para una existencia de dos años, un edificio en forma de T, el más destacado de todos en cuanto a altura se refiere. Es la estación de aterrizaje para los helicópteros y una de las pocas construcciones que no serán derribadas cuando el certamen finalice. Debajo de la pista de aterrizaje y despegue se instaló un carísimo restaurante, con el que se quiso epatar a esta alta sociedad neoyorquina, tan refinada y tan sofisticada. El restaurante quiso ser tan exclusivo que quebró algún mes antes que acabase el primer período de la Feria, pues aparte de sus astronómicos precios, era condición indispensable para comer en él ser socio o ir en compañía de socio. Mas su deuda de varios millones de dólares no nos interesa ahora tanto como el decir que las dos atracciones del alto local eran de cuño español: la colección de botellas del Museo de Pedro Chicote en Madrid, una selección de la cual se exhibía en el bar, y el gran mural firmado por Luis Quintanilla, que cubre enorme muro de los salones de recepción. Que el conde de Romanones no sea pintor profesional no fué obstáculo para que el mural le fuese encargado y allí se encuentra con sus ritmos marinos y sus colores fríos, pues sus muchos metros cuadrados de pintura no lo hacen objeto fácilmente rematable, como las vajillas, cubiertos, etcétera, del resto del local, que ya salieron a pública subasta.



Vidrieras de Antonio Saura en el Pabellón de Jordania.

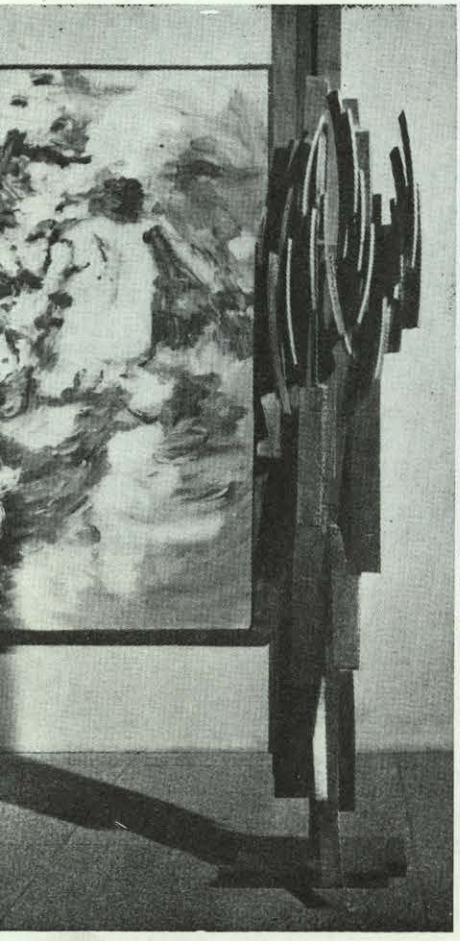
En estas páginas hemos escrito en otra ocasión que una de las condiciones más sorprendentes del español era encontrarlo en los lugares y países más inesperados. Esto lo decíamos refiriéndonos al escultor barcelonés Jordi Bonet, residente en la actualidad en Canadá. El mismo artista nos ha venido a dar la razón con prontitud, pues no sólo su obra cerámica figura en la World's Fair, sino en el lugar que menos se podía imaginar. Nada menos

que en el Pabellón de un país tan nuevo políticamente y tan poco conocido como es Sierra Leona.

Todos los novísimos países africanos, con soberanía de pocos años, meses o días, se apresuraron a levantar pabellón en Nueva York. Era la primera ocasión de figurar como nación independiente y es lógico que no lo hayan desaprovechado. Sierra Leona no ha recurrido a los folklores de otros de sus vecinos continentales, y a la hora de realizar su Pabellón lo hizo utilizando un lenguaje arquitectónico bien actual, no falto de interés. Unas plantas de formas circulares, agrupadas tangencialmente, y que en cierta manera recuerdan las cabañas africanas, constituyen este Pabellón. Su muro exterior principal es el que está recubierto con la gran composición cerámica del español Bonet. Mural semicircular en el que cada pieza constituye una interesante aportación a ese difícil y sugestivo arte en el que el fuego juega y crea. La concepción cerámica de Bonet es muy variada y llena de sorpresas, a veces de clara intención sarcástica. Los elementos más diversos se combinan en ella, y aunque el predominio del color sea el de los tonos terrosos y marrones, muchas veces resalta como una gema un azul porcelana o un coral, depositados sobre una caprichosa y resaltante forma.

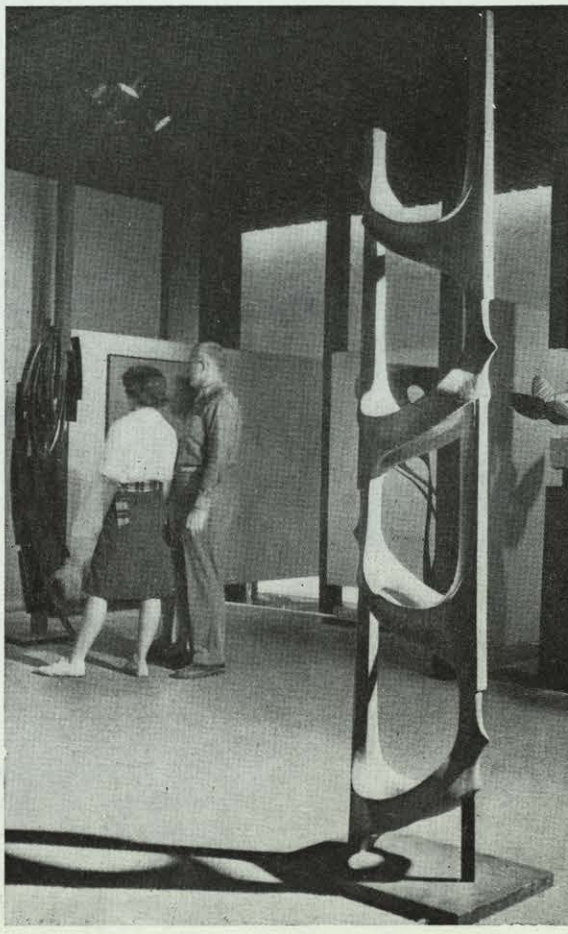
Como se ha podido comprobar por lo escrito, la presencia española en la Feria de Nueva York ha sido importante y mucho más extensa de lo que nadie podía sospechar. A todos los nombres apuntados y sabidos, aún es necesario dejar anotación de una lista nutrida. Nos referimos a los cerca de cien artistas seleccionados y que han figurado en las exposiciones temporales que se han ido sucediendo en las salas del Pabellón español dedicadas a los artistas más jóvenes. Más de setenta pintores han ido exponiendo sus últimas obras en las cuatro exposiciones celebradas durante los seis meses primeros del certamen. Sería demasiado largo ocuparnos con detalle de todos estos pintores, muchos de los cuales ya eran conocidos del público de Nueva York. Sólo podemos ahora decir que cada una de estas ex-

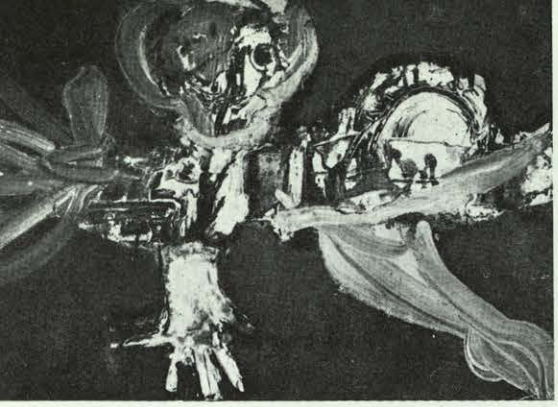
Pintura de Nieva.
Escultura, Amadeo Gabino.



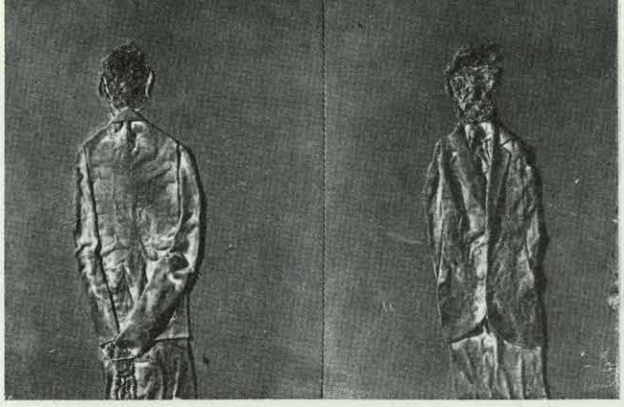
César Montaña.

Aspecto parcial de una de las exposiciones celebradas en el Pabellón de España.





Mignoni.



Juan Genovés.

Sansegundo.

posiciones celebradas ha sido un éxito rotundo y que casi todo lo expuesto ha sido adquirido rápidamente, caso raro que no ha ocurrido en ninguno de los otros Pabellones de la Feria, que también contaban con exhibiciones artísticas.

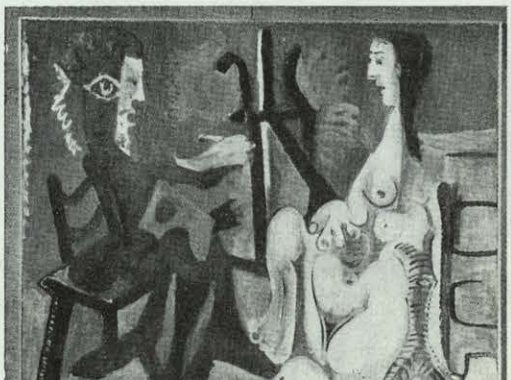
De estas cuatro exposiciones, tres lo han sido de pintura y una de escultura, ya que los seleccionados pictóricos eran mucho más numerosos que los escultóricos. Entre los primeros han figurado: Albalat, Arias, Asensio, Barjola, Caballero, María Antonia Dans, Delgado, Caneja, María Droc, Faber, Farreras, Fraile, Juana Francés, Menchu Gal, García Ochoa, Genovés, Grandío, Guijarro, Juan Guillermo, Guinovart, Carpe, Mompó, Pijuán, Hurtuna, Iglesias, Labra, Lapayese, López García, Lorenzo, Lobroth, Macarrón, Manrique, Martín Caro, Novillo, Medina, Méndez, Mignoni, Molina Sánchez, Montero, Lucio Muñoz, Nieva, Orellana, Máximo, Jardiel, Perdikidis, Povedano, Redondela, Rivera, Rueda, Fernando Saez, Luis Saez, Sansegundo, Isabel Santaló, Sempere, Somoza, Suárez, Molezún, Tharrats, Torner, Vallés, Vaquero, Vela, Vento, Vera, Vilacasas, Villaseñor, Werba, y Fernando Zobel.

La nómina de escultores ha sido menos numerosa, ya que la proporción de unos artistas a otros es en España, como en el resto del mundo, bastante desproporcionada. Las principales tendencias escultóricas españolas del momento han estado representadas, aunque se ha notado la falta de los dos grandes y principales innovadores de la escultura española: Julio González y Angel Ferrant. Los nombres de los que han estado presentes son: Barón, Venancio Blanco, Carretero, Corberó, Eduardo Chillida, Amadeo Gabino, Condoy, Donaire, Feliciano Hernández, Lapayese, Cristino Mallo, Martí, Montaña, Mustieles, Planes, Rubio Camín, Sacramento, Alberto Sánchez, José Luis Sánchez, Eduardo Serra, Pablo Serrano, Subirachs y Jesús Valverde.

Junto a estos nombres más nuevos, los de los grandes maestros contemporáneos, que para nuestro orgullo son también españoles. Pablo Picasso, Juan Miró, Juan Gris y Salvador Dalí han sido el nexo entre los excelsos del Museo del Prado y las generaciones actuales. Picasso, con tres óleos en los que se repite ese tema tan querido por el maestro: "La modelo y el pintor", traídos con el desenfado y la garra potente que son privativos de ese inmortal pintor. Miró, con una alegre e infantilizada composición en la que los "muñecos" tienen la síntesis de grafismo que sólo han conseguido las culturas muy primitivas o los niños antes

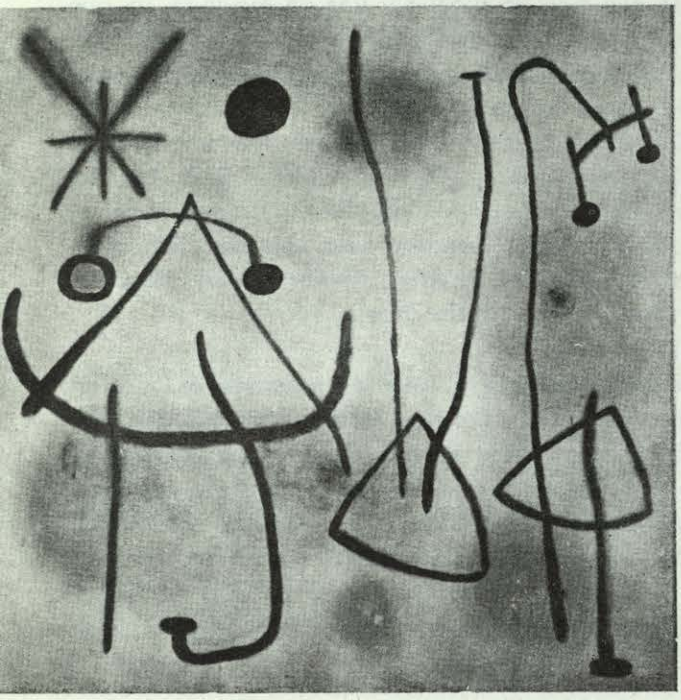
Francisco Farreras.

Pablo Picasso.



de la edad razonable. Dalí ha sido, una vez más, la atracción de la Feria: su gran cuadro-cartelón en el que se homenajeaba al Cid, a Gala, a la fusión del átomo, al doctor Severo Ochoa por sus teorías genéticas, al propio Dalí (como es natural) y al paisaje de Cadaqués y Port Lligat, es algo que sólo a Dalí se le ocurre y que sólo Dalí puede llevar a cabo con ciertas garantías de rigor intelectual y de calidad estética. Dalí quedará en la historia de la pintura como un caso aparte y sin parangón posible alguno; ¿no es acaso esto a lo que aspira? Una pequeña obra de Juan Gris completaba esta sala antológica, no de las buenas de él, pero lo bastante personal para ser reconocido como uno de los más interesantes maestros cubistas que han existido.

El gran momento de creación española ha quedado bien patente en la Feria de Nueva York. Es cierto que en las selecciones faltan nombres importantes; en cualquier selección, por muy completa que sea, pasa siempre lo mismo. Las faltas son consecuencia de la abundancia, de la enorme fertilidad del arte español, que hace difícil poder seleccionar en tan gran cantidad y tan pareja calidad. ¿Ha sido la Feria de Nueva York la Feria de España? La contestación es obvia.



Juan Miró.

Salvador Dalí.

Pablo Picasso.